

La entrevista en el proceso de formación

La nueva *Ratio* propone como medio de formación el acompañamiento personal y para este tema en particular la entrevista.

Los seminaristas, en las diversas etapas de su camino, necesitan ser acompañados personalmente por quienes han sido encargados de la formación, cada uno según su competencia y el encargo que le corresponde. La finalidad del acompañamiento personal es realizar el discernimiento vocacional y formar al discípulo misionero (RFIS 44).

Durante el proceso formativo es necesario que el seminarista se conozca y se deje conocer, relacionándose de modo sincero y transparente con los formadores. Teniendo como fin la docibilitas al Espíritu Santo, el acompañamiento personal representa un instrumento indispensable en la formación (RFIS 45).

Es necesario que las entrevistas con los formadores sean regulares y frecuentes; de este modo, dócil a la acción del espíritu, el seminarista podrá configurarse gradualmente con Cristo (RFIS 46).

El objetivo que se persigue en el acompañamiento es fundamentalmente el crecimiento o el desarrollo del potencial humano de la persona, el discernimiento, de tal manera que tenga los elementos necesarios para realizar opciones importantes en su vida de cara a la vocación recibida. Uno de los medios existentes en la relación de ayuda es la entrevista. Con ella pretendemos contactar con la persona, con sus sueños, sus anhelos, también con sus dificultades. Desde esta perspectiva proponemos el acompañamiento entendido como estar o ir en compañía de otro, seguir, unirse, auxiliar, asistir, orientar. Además, implica dar apoyo para que la persona, ampliando su horizonte de vida, tome decisiones responsables y coherentes. En nuestro caso, ha de ayudar al joven seminarista a vivir la etapa educativa y la configurativa.

La **entrevista “centrada en el cliente”** de Carl Rogers es un instrumento óptimo. Aunque hemos preferido cambiar el término “cliente” por “persona”, para Rogers es importante subrayar que al hablar de cliente se está indicando la libre voluntad de la persona que solicita el servicio de acompañamiento a través de la entrevista. Lo importante es que el seminarista experimente la necesidad de ayuda, de ser acompañado; y que en ese espacio pueda abrir el corazón, se exprese, se comprenda a sí mismo, aprenda a gestionar sus impulsos y llegue a tomar determinaciones. El formador está para facilitar ese proceso.

Así pues, este tipo de entrevista parte del convencimiento de que una persona puede ser ayudada por medio de una relación en la cual perciba una cálida aceptación por parte del acompañante y se sepa aceptada y comprendida. La entrevista a la que hacemos referencia requiere de un clima propicio en el cual el acompañante juega un papel importante por medio de actitudes muy humanas.

Conviene sobre todo garantizar las condiciones que puedan ayudar a crear un clima sereno de confianza: cercanía fraterna, empatía, comprensión, capacidad de escucha y de sincera apertura y, sobre todo, coherente testimonio de vida (RFIS 47).

Un **proceder amable**, basado en la confianza que el seminarista va consiguiendo gradualmente con su formador. Esta amabilidad permite que la relación formativa se prolongue durante varios años, consiguiendo un conocimiento más completo del seminarista y, por ende, la deseada profundización. Esto frente a otros métodos que tienden a “desnudar” al paciente y hoy son razonablemente cuestionados por la violencia que generan.

La orientación fundamental de la entrevista centrada en el cliente consiste en **escuchar profundamente**, no solo lo que el seminarista dice, sino también lo que no puede aún comunicar y lo que expresa a través del lenguaje corporal, tratándolo con respeto, ofreciéndole una cálida acogida y percibiéndolo como una persona de valor incondicional, de modo que el seminarista, sabiéndose aceptado y amado tal y como es, alcance la libertad suficiente para comprenderse mejor y tomar decisiones importantes.

Hay que poner atención a la importancia central que tienen las **actitudes del formador**: respetar, acoger, escuchar, hacer sentir cómodo, percibir más allá de las palabras, confortar, confrontar, estimular el compromiso... no hemos de tener miedo a expresar este conjunto de actitudes con una palabra clave de toda la revelación y de la misión pastoral: amar.

Efectivamente, se trata ante todo de amar al seminarista **con caridad pastoral**, ejerciendo una verdadera paternidad espiritual, para posibilitar que, con la ayuda de la gracia, llegue a ser lo que está llamado a ser. Por esta razón es necesario que tanto el formador como el director espiritual examinen sus actitudes y las vayan afinando poco a poco, situándose también ellos en un proceso de crecimiento.

No se puede estar en el seminario de cualquier manera, sino con un corazón de pastor y de padre. Porque los malos pastores, que se apacientan a sí mismos, causan la muerte de las ovejas y la dispersión del rebaño. Si todo el equipo formador procede con esta metodología, estará dando **un mensaje contundente** y gozará de la libertad necesaria para poner en práctica un cuidadoso discernimiento de las vocaciones sacerdotales.

Lc 10, 25-37	Actitudes de Jesús	El maestro de la ley
<p>²⁵ Se levantó entonces un experto en la ley y le dijo para tenderle una trampa:</p> <p>- Maestro, ¿qué debo hacer para obtener la vida eterna?</p>	<p>Actitud introductoria</p> <ul style="list-style-type: none"> - Jesús sale al encuentro del otro, permanece accesible. - Es vulnerable. - Se sitúa en la actitud del pobre. 	<p>Expresa sus sentimientos y actitudes</p>
<p>²⁶ Jesús le contestó:</p> <p>- ¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?</p> <p>²⁷ El maestro de la ley respondió:</p> <p>- Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.</p> <p>²⁸ Jesús le dijo:</p> <p>- Has respondido correctamente. Haz eso y vivirás.</p> <p>²⁹ Pero él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús:</p> <p>- ¿Y quién es mi prójimo?</p> <p>³⁰⁻³⁵ Jesús le respondió:</p> <p>- Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó...</p>	<p>Diálogo antropológico</p> <ul style="list-style-type: none"> - Jesús entra en diálogo situándose en su perspectiva: la ley. - Él, que es el Maestro, tolera que este maestro de la ley le dé unas lecciones de teología. Lo escucha con paciencia. Da por buena su enseñanza. - Percibe también lo que no se está expresando con palabras, pero con toda probabilidad se expresa con actitudes. - Da una enseñanza situada en el contexto del maestro de la ley. 	<p>Explora sus propias actitudes y reacciona</p>
<p>³⁶ ¿Quién de los tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los asaltantes?</p> <p>³⁷ El otro contestó:</p> <p>- El que tuvo compasión de él.</p>	<p>Confrontación</p> <ul style="list-style-type: none"> - Jesús le hace ver que se trata de hacerse prójimo. - También le muestra su propia verdad: se justifica, se engaña. 	<p>Toma conciencia de aspectos que antes no conocía</p>
<p>Jesús le dijo:</p> <p>- Vete y haz tú lo mismo.</p>	<p>Orientación al futuro</p> <ul style="list-style-type: none"> - Jesús le invita a ponerse en camino. 	<p>Orienta su vida hacia una mayor madurez</p>

El fundamento del método

En la raíz de la mayor parte de los problemas de la personalidad y de las dificultades que la persona tiene para avanzar en su proceso de madurez se encuentra una *autoaceptación condicionada*. Con frecuencia hemos aprendido a aceptarnos condicionadamente, en un sistema familiar, educativo y social complaciente. Esta aceptación condicionada nace desde la infancia, cuando la persona percibe la aceptación o rechazo de los demás en función de su comportamiento, sea positivo o negativo. De igual manera, la persona aprende a aceptarse y amarse de acuerdo con sus logros o buenas obras, mientras que se rechaza o no se ama ante sus fracasos o mal comportamiento. Cuando esto ocurre, la persona confecciona un sistema defensivo complejo que tiene como finalidad salvaguardar la estima de sí. Este no querer ver y no aceptarse a sí mismo con las personales contradicciones es el principal impedimento para el crecimiento. Por eso se propone la aceptación empática por parte del acompañante como el medio fundamental para facilitar el desarrollo de la persona: “Te ofrezco una profunda aceptación de tu persona cuyo único motivo es que seas tú mismo y que llegues a una auténtica autoaceptación personal, con tus contradicciones, sin necesidad de defenderte o de deformar esas contradicciones para ganar mi aprecio”.

La técnica no-directiva

El encuentro centrado en la persona tiende a la técnica no directiva. Es decir, que el acompañante deberá estar atento a no caer en la tentación de imponer juicios y soluciones sobre la persona que pretender acompañar, cuya responsabilidad no debe suplantarse por ningún motivo.

El acento no se pone en las técnicas, sino en las actitudes de quien emplea las técnicas. El centro del método está en la auténtica disposición para la escucha. Esta centralidad de la escucha acerca la teoría rogeriana (de Carl Rogers) a la práctica del acompañamiento vocacional porque hace un método practicable por personas no especializadas.

Es una **técnica abierta** que admite el equilibrio entre la atención a la situación actual del seminarista y la incorporación de contenidos propios del itinerario formativo, dándole un carácter específicamente situado en los objetivos y desafíos de cada etapa de formación.

Actitudes del acompañante en la entrevista

El método viene constituido fundamentalmente por las actitudes básicas del acompañante. Estas actitudes desarrollan a su vez una serie de exigencias para el acompañado. Se pone toda la fuerza del método en las actitudes del acompañante porque dichas actitudes son el factor determinante para que la entrevista vocacional sirva de ayuda en el crecimiento de la persona. Se pueden señalar cuatro actitudes básicas del acompañante:

- a) **Comprensión empática.** Se trata de percibir la realidad desde el punto de vista del acompañado. Es un intento serio de comprender con el otro y no sobre el otro. Para aceptar a la persona es necesario primero comprenderla. Esta actitud implica una comprensión global y no sólo intelectual. Todo ello para comprender lo que la persona es y no sólo lo que dice. Hacer un esfuerzo por entender los sentimientos y comunicaciones de la persona desde su propio punto de vista. Empatía significa ver o sentir el mundo desde su perspectiva como si fuera la propia, pero sin perder la cualidad del “como si fuera”. Entonces si no puedo ser empático, jamás percibiré su sentir. Sin embargo, nadie es empático al cien por ciento ni en todo momento. Es algo muy susceptible de desarrollar. Fingir comprensión puede ser más nefasto que emitir un juicio abiertamente.
- b) **Aceptación positiva incondicional.** Es un cálido respeto al acompañado, desde la convicción de que es una persona de valor incondicional. Consiste en aceptarla como es, en su identidad personal e irrepetible, con sus ideas, virtudes y oportunidades, ya que todos somos diferentes y no pretendemos que todas las personas crean o piensen lo mismo que nosotros. Que no dependa de un

juicio en torno a su comportamiento, sino de la amabilidad objetiva de su persona, es decir, por ser quien es. El hecho de intentar comprender a la persona es ya una manifestación de que sus sentimientos y significados son algo que vale la pena entender porque la persona es valiosa en sí misma y para el formador.

- c) **Autenticidad.** Es la actitud básica al interno de la persona del formador. El joven seminarista comunica aquello que vive y de lo cual está convencido. Esto significa no pretender aparentar lo que no somos o no sentimos. No damos oportunidad a que la hipocresía aparezca. La autenticidad es siempre algo por hacer y para ello el formador necesita ayuda a su vez. Por eso conviene señalar que la capacidad de crear relaciones que faciliten el crecimiento de los demás es directamente proporcional al crecimiento conseguido por el formador.
- d) **Comunicación de estas tres actitudes.** Es de gran ayuda esta comunicación porque el acompañado no sólo necesita ser aceptado y comprendido por alguien capacitado, sino también necesita saber que es aceptado, verificar que es comprendido por alguien que vive desde unos valores trascendentes y revelados. De esta manera experimentará una verdadera confianza en su acompañante. Este último hará el intento por darle a conocer dicha aceptación y comprensión. Cuando se comunica esta comprensión y coincide con la realidad del otro, queda una sensación de desenredo, de clarificación y de deseos de seguir adelante.

Actitudes de la persona acompañada en la entrevista

El método promueve al mismo tiempo una serie de elementos que el acompañado puede invertir. Es conveniente que lo sepa desde el principio y que se exija un compromiso personal en la relación de ayuda. La experiencia dice que la persona que busca acompañamiento necesita superar una serie de dificultades para aceptar cordialmente esa ayuda. Por eso es útil señalarle lo que ella misma invertirá en esta relación:

- a) **Voluntad o deseo de crecimiento.** Espontáneamente suele existir cierta voluntad de cambio, sin embargo, siempre es necesario estimularla. Hay situaciones en las que difícilmente se da este deseo de cambio, por ejemplo, los que acuden no por propia iniciativa, sino obligados o aconsejados por otros; o quienes se limitan a tocar solamente ciertos temas excluyendo los más difíciles o centrales. Hay entonces una resistencia al compromiso en la relación de ayuda. La mayor parte de las veces es una resistencia inconsciente; entonces hay que ayudarle a salir de ella con mucha paciencia, confrontando poco a poco para que la persona se atreva a ver lo que no puede o no quiere ver.

El formador debe contar con algunos principios psicopedagógicos:

- El cambio o crecimiento no proviene de las estructuras formativas o del exterior, sino de los recursos dinámicos presentes en la persona.
 - Es necesario ayudarle a tomar conciencia de los recursos y limitaciones que se dan en toda persona y en ella en particular. A mayor conciencia de los valores vocacionales más autoconciencia de sus propios recursos y limitaciones.
 - La relación espiritual-vocacional debe poner en juego armónicamente las funciones psíquicas y espirituales, de modo que se afirme la unicidad la persona, que se define como ser humano-espiritual.
 - El acompañante debe exigir el máximo que la persona puede dar, aumentando la exigencia según crecen sus capacidades. Lo más contrario a la sana pedagogía es medir a las personas y su desarrollo por criterios comparativos o competitivos.
- b) **Valentía para encontrarse consigo o capacidad de responder.** Frecuentemente se dan mecanismos psicológicos de carácter defensivo que intentan impedir el enfrentamiento del lado oscuro de la personalidad. Es una parte de mí mismo que de alguna manera conozco, pero no quiero ver. La persona en esta situación requiere la ayuda de otro que le señale eso que ella misma sabe de

alguna manera, pero no quiere ver. Cuanto más enfrente el lado oscuro de su personalidad más logrará la autocomprensión. Este reto señala un camino arduo y delicado, que lleva toda la vida.

- c) **Asumir las propias responsabilidades.** La persona asume su parte de responsabilidad en el origen de dicha situación. Ayudarle a asumir su responsabilidad es una parte importante de la misión del acompañante. Se hace a la persona verdadera protagonista de su proceso vocacional en el cual el reto está en llegar a ser ella misma en torno a los valores vocacionales. El acompañado debe llegar a personalizar el proceso de crecimiento humano, espiritual y vocacional. Esta personalización produce dos frutos particulares:
- Repulsa de los condicionamientos. El acompañado cultiva su propia autonomía y para ello se libera de los apoyos externos.
 - Anhelo de vida. La persona aspira a la plena realización de su personalidad y de su vocación, de modo que se inclina naturalmente a elaborar el proyecto de vida, a comprometerse en su formación.
- d) **Iniciarse en un compromiso.** La persona acompañada aprende a comprometerse en acciones concretas que promueven su crecimiento. Es el fruto natural de la personalización. Tender a que ella misma proponga los compromisos que le conviene asumir. En este sentido es favorable evitar el *directivismo*, es decir, un plan elaborado por el acompañante e impuesto al acompañado. Pero a la vez hay que evitar el *laxismo*, es decir, dar una autonomía tal a la persona que los medios que propone no sean evaluados y perfilados por el acompañante. Este último intervendrá más en la elaboración del plan cuando el acompañado es más inmaduro. La tarea primordial del acompañante es estimular la autoaceptación y la confianza de que alcanzará poco a poco el éxito.

Podemos preguntarnos:

¿Qué contemplan los seminaristas en sus formadores? ¿Un testimonio evangélico que despierta preguntas irresistibles? ¿O, por el contrario, actitudes antievangélicas que provocan escándalo?

¿Qué autoridad conceden los seminaristas a sus formadores? ¿La que procede de un auténtico testimonio de fe? ¿O la que obedece a otros mecanismos, como la complacencia, la identificación o incluso la complicidad?

¿Qué capacidad de escucha tengo como formador? ¿Conozco las inquietudes de los seminaristas, lo que les preocupa, dónde buscan su felicidad? ¿O vivo de espaldas a lo que ocurre en su interior, a sus verdaderos intereses? ¿La confrontación que les hago procede de mi capacidad de escucha? ¿Cómo reciben los seminaristas la confrontación que les ofrezco?

Bibliografía:

- C. Rogers, *El proceso de convertirse en persona*, Paidós, México 1996, 46-62. 185. 249-251. 267-269
C. Rogers, *Psicoterapia centrada en el cliente*, Paidós, México 1993, 22-23. 38-41. 44-50.
A. de Peretti, *El pensamiento de Carl Rogers*, Atenas, Salamanca 1979, 191-194. 224-244.